

## MATRIMONIO Y MUERTE EN LOS CEMENTERIOS MURCIANOS

RUBÉN CASTILLO GALLEGO

El escritor argentino Julio Cortázar afirmó, en su artículo "Situación de la novela" <sup>1</sup>, que la poesía es un medio de conocimiento antropológico. Y partiendo de esa sugestiva premisa —que tantos motivos de reflexión puede generar en un investigador de mentalidad flexible y abierta— he querido acercarme a un territorio no demasiado transitado por los estudiosos de la región: la presencia de poemas en las lápidas de los cementerios murcianos. Parece como si las manifestaciones *vitales* (fiestas, ritos, celebraciones, modos de pensar, arte, costumbres sociales) entrañasen más interés en nuestra tierra que las manifestaciones *mortales*. La prueba de este injusto desequilibrio es que sobre las primeras han escrito con profusión y sabiduría personas de la talla intelectual de Francisco Javier Díez de Revenga y Mariano de Paco (literatura)<sup>2</sup>, Carlos Valcárcel Mavor (costumbrismo y religiosidad)<sup>3</sup>, Pedro Lillo Carpio y Francisco J. Flores Arroyuelo (historia)<sup>4</sup> y otros muchos que la memoria y el tiempo me hacen omitir. Y, en cambio, poco o nada se ha dicho sobre los aspectos culturales y literarios que rodean a la muerte.

Hoy quisiera yo referirme —como antes anuncié— a la inclusión de poemas en las lápidas mortuorias de la región. Donde tantos han hablado, reflexionado y escrito sobre los

---

1 "Situación de la novela", en CORTÁZAR, Julio: *Obra crítica /2*, edición de Jaime Alazraki. Alfaguara, Madrid, 1994, página 224.

2 DÍEZ DE REVENGA, Francisco Javier y PACO, Mariano de: *Historia de la literatura murciana*. Universidad. Academia Alfonso X el Sabio, Editora Regional, Murcia, 1989.

3 VALCÁRCEL MAVOR, Carlos: *Viejos recuerdos (Gentes, fiestas, cosas y costumbres de la vida de Murcia, hace medio siglo)*. Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 1989.

4 LILLO CARPIO, Pedro y FLORES ARROYUELO, Francisco J.: *La región de Murcia y su historia. La Opinión*, Murcia, 1989.

vivos y sus costumbres, permítaseme a mí indagar, modestamente, en otro ámbito más singular, más numeroso y más callado: el mundo de los muertos, el universo de la Murcia ya desaparecida.

El proyecto, de todas formas, y como es bien fácil suponer, resulta demasiado vasto para poder ser reunido en unos pocos folios. De ahí que haya decidido constreñirme a un único tema, con el fin de explorarlo con mayor profundidad y extensión: el tema del matrimonio, la forma en que hombres y mujeres han recordado, por escrito y ya para siempre, a sus compañeros conyugales. Decía Ramón Gómez de la Serna que “*escribir de la muerte es como si un ciego de nacimiento pintase paisajes*”<sup>5</sup>. Pero, aun así, me arriesgaré a acometer la tarea. De todos modos, y para evitar que la monotonía se apodere de este trabajo, reservaré para las páginas finales la anotación de algunos poemas anecdóticos, que nada tienen que ver con el tema que hoy ocupará la parte central de mi estudio.

El poema más antiguo que he podido localizar en Murcia refiriéndose al tema matrimonial se encuentra en Yecla y, desde la fecha de 1856, cubre a un muchacho de 25 años cuyo nombre queda indicado en el tercer verso. La esposa y los padres del joven se unieron para homenajearlo, pero el tono rotundo y sentencioso de las palabras escritas parece corresponder mucho más a los segundos que a la primera:

“Cual el tiro que le hiere,  
y el viento es de ligero,  
así Dn. Antonio Herrero  
es herido, y así muere.  
Para que el lector se entere  
del sitio donde reposa  
se ha colocado esta losa  
oferta del sentimiento  
y del dolor complemento  
por sus padres y su esposa”

Júzguese qué precisión: esta lápida (junto con el poema que contiene) es una “*oferta del sentimiento*” y un “*complemento del dolor*”. Pero la frialdad de ambos conceptos, formulados de manera neutra, no nos proporciona demasiados elementos sentimentales ni dolorosos. La esposa era, por lo visto, una muchacha demasiado joven para recordar por sí sola, independientemente, al compañero de su existencia, y tuvo que subsumir su voz bajo la de sus padres políticos.

Pero esta actitud, fruto de la edad o del carácter pusilánime de la chica, ya no se registra en el siguiente caso, un poema que data del año 1865, y que puede consultarse aún en el camposanto de “*La Junta*”, en Cartagena, donde leemos cómo una señora de edad avan-

---

5 GÓMEZ DE LA SERNA, Ramón: *Los muertos, las muertas y otras fantasmagorias*. Espasa-Calpe, Madrid, 1961.

zada recuerda a su esposo con versos inequívocamente decimonónicos. La lápida, cuando yo la encontré, se hallaba partida en dos pedazos, uno de los cuales tuvo que ser medio desenterrado para efectuar la lectura completa de sus líneas. La operación, como puede suponerse, levantó algunas suspicacias entre las personas que se encontraban cerca de mí, y que me observaban con el rabillo del ojo, asaltadas por el escándalo que se deriva siempre de un presunto sacrilegio. Los versos del poema dicen así:

“¡Esposo querido!  
 Partiste de esta vida y nos dejaste  
 la memoria fatal y el dolor fuerte  
 de tus padecimientos y tu muerte.  
 Amor conyugal, padre cariñoso, modelo de fiel esposo,  
 que en tu esposa idolatrabas y en tus hijos adorabas,  
 y ellos en ti veneraban. Partiste y nos dejaste  
 vertiendo lágrimas amargas, tristes y llorosas  
 a Dios rogando en descanso de tu eterna gloria”

Adentrados ya en el siglo XX, y situados todavía en el cementerio de “*La Junta*”, una mujer fallecida en enero de 1913 recibe, de su esposo y de sus hijos, un homenaje coral –muy frecuente, por otro lado–, donde se resaltan sus méritos como compañera y madre, y se le ofrecen oraciones con el fin de que alcance pronto el descanso junto al Señor:

“De virtudes un modelo  
 como esposa y madre fuiste  
 y de todos mereciste  
 santo cariño en el suelo  
 y aquí de tu muerte el duelo  
 sabremos siempre llorar  
 y continuamente orar  
 a tu sagrada memoria  
 para que su santa gloria  
 Dios sepa a tu alma otorgar”

Si se analiza con algún cuidado esta estrofa nos daremos cuenta pronto de dos detalles memorables: el primero, que se trata de una décima, perfectamente organizada, medida y rimada; el segundo, la curiosa aserción del verso final, donde se pone en duda la omnisciencia divina, al decir que va a rezarse “para que Dios *sepa* otorgar a tu alma su santa gloria”. Bendita ingenuidad.

Cuatro décadas más tarde, en el cementerio de Archena, puede leerse otro testimonio bien singular y bien notable. Esta vez, el destinatario no es una mujer, sino un varón de 81 años; y la ofrenda lírica no consistió, como en las anteriores ocasiones, en un grupo de versos, sino en un libro completo de poemas. El tomo se hallaba protegido por una pequeña puertecita de cristal, en un nicho de pared, y podía leerse en su portada que estaba redac-

tado por “Alexandra Sulérova, poetisa de Munich”. Aparentemente, se trataba de la esposa del fallecido, y le estaba dedicando un libro de mediano grosor cuyo título era el de *Mi alma joven nunca morirá...* La elección del marbete era, desde luego, apropiadísima, pero me resultó imposible juzgar el valor literario de su contenido, puesto que el volumen se hallaba muy maltratado por la humedad, y sus páginas adheridas entre sí.

En abril de 1959 volvemos a encontrarnos con un poema breve grabado sobre una lápida, en el cementerio de “*Santa Lucía*”, en Cartagena. Se trata en esta ocasión de una cuarteta no mal compuesta —aunque la medición del segundo verso es harto forzada y harto dudosa— donde el marido intercede ante Dios para que, en virtud de un extraño pacto, beneficie a su mujer, y para que le permita a él descansar a su lado. El texto dice así:

“Dale tu eterno reposo,  
a trueque del mío, Señor,  
y acaba en este remanso  
junto a ella mi dolor”

SI hacemos un poco de memoria, recordaremos además un fragmento muy significativo del *Diario póstumo*, de Gómez de la Serna, donde éste realizaba ante Dios una petición que, por el modo en que fue formulada, revela un espíritu mucho más egoísta que el de nuestro anónimo vate: “*Que Dios me perdone, que es lo único que me interesa. Y que sea tan magnánimo que a Luisita la perdone también*”<sup>6</sup>.

Un poema dibujado con octosílabos aparece en mayo de 1972 en el cementerio de “*Santa Lucía*”, en Cartagena. Su métrica es perfecta, pero su rima (aunque no podemos negar que resulta bastante agradable) no lo es tanto, pues mezcla asonancias, consonancias y versos libres. Las imágenes apocalípticas que surcan los versos finales están muy logradas, y adquieren un matiz humanizador cuando las remata el apodo del fallecido, detalle que en pocos poemas aparece:

“El cielo estará de fiesta  
los ángeles muy contentos  
porque a la diestra del Padre  
se sentó Simón García  
el amor de Antonia Hernández  
se apagó la luz del día  
se apagaron los luceros  
la mar se vistió de luto  
porque murió el Garrobero”

En la localidad de La Aljorra espera al lector curioso, desde el último día de mayo de 1979, un poema asombroso. La homenajeadá es Carmen, una mujer que no llegaba a los

6 GÓMEZ DE LA SERNA, Ramón: *Diario póstumo*. Plaza & Janés Editores, Barcelona, 1972, página 107.

cuarenta años, y que recibió como ofrenda un peculiar ejercicio lírico. Se trata, en la más pura tradición trovera, de una cuarteta glosada mediante quintillas, sin que exista un solo fallo de métrica o rima a lo largo de los veinticuatro versos. La única distracción formal que el texto autoriza consiste en que las quintillas segunda y tercera aparecen permutadas en su orden lógico y canónico. El poema –posiblemente improvisado de manera oral, y luego transcrito, como es costumbre entre los troveros– afirma:

“Descansa aquí sepultada  
¡la esposa del alma mía!  
tengo con ella enterrada  
mi ilusión y mi alegría.

Aquella que fue admirada  
por sus virtudes y amor,  
en esta eterna morada  
por designios del Señor,  
descansa aquí sepultada.

El alma en llanto anegada  
hoy discurre en mi sentir,  
¡mi vida está destrozada!  
y hasta el ansia de vivir  
tengo con ella enterrada.

Fue mi luz mi norte y guía,  
el consuelo que yo amé,  
mi amor mi esperanza y día;  
todo eso en vida fue,  
¡la esposa del alma mía!

Gracias a ti ¡esposa mía!  
tres hijos veré crecer,  
pídele a Dios que algún día,  
ellos hagan renacer  
mi ilusión y mi alegría.”

Sin alejarnos de La Aljorra, y apenas desplazándonos en el tiempo unos cuantos meses, encontraremos otro poema notorio. Esta vez, resulta ser un hijo del fallecido el compositor de las estrofas, pero la glosa que lleva a cabo de la figura de su madre permite que lo incluyamos en este grupo de homenajes líricos. La amorosa persistencia de la mujer es la más notable demostración de su cariño. Lingüísticamente, el autor parece sentir una imperiosa necesidad de acabar cada verso con una coma, sea ésta necesaria o no lo sea. Desde el punto de vista literario, conviene resaltar el hecho de que el final del poema ha sido mal trazado, y que el analocuto gobierna sus líneas:

"Aunque mucho lo queríamos,  
 el Señor se lo llevó,  
 y Juan Pedreño Hernández,  
 a la Gloria se marchó.  
 De mi casa al cementerio,  
 se está haciendo un carril,  
 es la pobre de mi madre,  
 de tanto ir y venir,  
 a la tumba de mi padre.  
 A este hombre bendito,  
 que fue grande su piedad,  
 pero no tuvo remedio,  
 por su mala enfermedad"

Ese mismo año de 1980 nos ofrecerá, en una lápida del fosil de "La Junta", en Cartagena, un poema grandilocuente construido con versos de arte mayor. El juego de imágenes poéticas que el autor maneja para referirse a su mujer es bellissimo, pero los versos están terriblemente mal medidos, y crecen desde los intentos endecasílabos de sus primeras líneas hasta su remate alejandrino. Y si en el poema anterior advertíamos la excesiva proliferación de signos ortográficos de todo punto inadecuados, en esta caso brilla la ausencia de los mismos. De todos modos, y por encima de su evidente impericia formal, la emoción lírica que el poema provoca y sostiene resulta muy llamativa:

"Dondequiera que estés esposa amada  
 el sol hará llegar sus resplandores  
 el viento entonará una suave balada  
 un coro celestial cantarán ruseñores  
  
 Las gotas de rocío en forma de cascada  
 darán vida y color a una alfombra de flores  
 que cubrirá tu lecho en celestial portada  
 formando un arcoiris con sus bellos colores"

Y también en 1980 podremos leer el texto decadente que Teófila S.G. recibió de su marido el día 7 de enero. Lo adjetivo de "decadente", no porque esta composición sea desdenable, sino porque se va estropeando de manera progresiva según nos adentramos en los últimos versos, que ingresan en la monorrimia. El texto, que comienza siendo muy bello y muy sonoro, se enfanga hacia el final. Sus líneas dicen así:

"Para tí, querida esposa,  
 este humilde panteón,  
 que en vida fue tu ilusión,  
 en él tu cuerpo reposa.

Bajo de la fría losa  
 tú yaces, aquí, en La Palma,  
 al Cielo voló tu alma  
 y en paz gozará de gloria.  
 No se va de mi memoria,  
 tu ausencia es mi soledad;  
 no descansaré jamás  
 hasta que descanse en paz  
 contigo en la eternidad”

Detengámonos ahora en Jumilla, en el verano de 1982, y podremos leer los versos que un hombre y sus cinco hijos dedicaron a la jovencísima madre y esposa, muerta cuando apenas contaba con 28 años de edad. Las voces quedan separadas en dos poemas distintos, aunque grabados uno a continuación del otro. La rima y la métrica son mucho más juguetonas, más libres que en los casos anteriormente vistos, y acompañan a un texto que dice de la siguiente manera:

“Rosa  
 tus cinco hijos te llaman.  
 Esposa  
 también te llamo yo.  
 Bien sé que tu voz es aire  
 un suspiro desvanecido  
 un aliento que terminó.  
 Pero es tan grande la fe  
 tan enorme la esperanza  
 que creemos volver a oírte  
 cuando del Cielo nos llamas.  
 Murmullo que lleva el viento  
 para el consuelo del corazón,  
 y fuerza para llamarte nuevamente,  
 a ti, Rosa, a ti,  
 nuestros hijos y yo.

=====

Rosa  
 madre del alma  
 madre querida,  
 te fuiste una mañana  
 que el Señor te llamó  
 dejándote cinco hijos  
 con mucho dolor.

Tu marido te llamó.  
 Los ángeles respondieron  
 ya está con el Señor”

Muchos son los elementos que animan la lápida de doña Amalia P.P., fallecida en Cartagena durante el mes de abril de 1984, y adornada con tres cuartetos mediocres. En el primero, el esposo asegura con rotundidad que su mujer ha alcanzado la gloria y que él permanece vivo con el único objeto de seguirla llorando; en los dos siguientes, manifiesta con la misma rotundidad su deseo de ser enterrado junto a ella, cuando Dios decida poner término a su existencia. Leamos sus palabras:

“Dios dispuso tu final  
 para llevarte a la Gloria  
 a mí me dejó aquí penar  
 para llorar tu memoria.

Mi vida destrozastes  
 cuando Dios dispuso de ti  
 sueño volver a encontrarte  
 cuando disponga de mí.

Junto a tus restos mortales  
 deseo, Amalia, descansar  
 dejo escrita en esta placa  
 mi última voluntad”

En Cieza –que fue el primer cementerio que analicé, hace ya bastantes años–, se puede leer desde 1985 un texto sorprendente, por muchas circunstancias: por las faltas ortográficas que contiene, por el populismo de sus expresiones, por la desmesurada extensión que presenta (quince cuartetos), etc. En algunas ocasiones, escuchando o leyendo sus versos, no puede evitarse que una sonrisa aflore a los labios, por la ingenua brutalidad ramplona de sus conceptos y de su composición. Y en otras –porque todo hay que decirlo– asombra y conmueve la sencillez rotunda, cálida y humana de sus aseveraciones:

“Pienso que fui buen esposo  
 no sé si será verdad  
 vengo a rezar por ti  
 a donde estás enterrá.

Pienso de oír misa un año  
 domingo en particular  
 a pedirle al Santo Cristo  
 que te acoja fraternal.

Ahora que me haces más falta



te fuistes con el Señor  
hubiera yo preferido  
quedarte tú yirme yo.

Ahora que vengo a visitarte  
pienso que te dé alegría  
son para ti no te olvido  
estas pequeñas poesías.

Siempre he trabajado mucho  
todo ha sido para ti  
a pesar de mi carácter  
quise que fueras feliz.

Si es que no lo fuiste nunca  
no le encuentro la razón  
por que yo te he dado siempre  
todo el cariño y amor.

Como me he quedado solo  
pido a Dios de corazón  
que me ayude a caminar  
y me de resignación.

Solitario, caminando  
con rumbo desconocido  
como un pájaro sin plumas  
que del nido se ha caído.

Junto fue sesenta años  
mira qué casualidad  
de separarnos ahora  
para no vernos jamás.

No pude pensar jamás  
en esta separación  
por que estaba por delante  
el cariño de los dos.

No puedo querer a nadie  
igual que te quise a ti  
mi corazón palpitando  
y sin parar de sufrir.

La ilusión se terminó  
es difícil caminar

si es que yo sigo viviendo  
no sé para quién será.

Por ningún sitio te veo  
y no paro de pensar  
en tan grave situación  
que yo he venido a quedar.

Seguiré pasando el tiempo  
y con esta cruz auestas  
poco a poco caminando  
hasta llegar a la meta.

Nací para padecer  
y no para disfrutar  
así seguiré mi vida  
hasta llegar al final"

Otro poema que se inicia bien, pero que luego se enturbia hasta hacerse punto menos que incomprensible, cubre, en Fuente Álamo, a doña Cornelia L.V. desde el mes de febrero de 1987. Su marido, que firma con el seudónimo de "El panderista", vuelve obtuso y gongorino un texto que debió de nacer con voluntad simple. La delicadeza tierna de su inicio se derrumba en confusión en los últimos coletazos:

"Fuistes mi primer amor  
un amor inolvidable  
un amor considerable  
un amor sin irrupción  
un amor con penetración,  
cada día más amable  
sobre nuestros corazones  
que emanan dos corazones  
cerridos en ilusiones  
hasta su penetración"

Más cerca todavía en el tiempo –están acabando los días de ese mismo año de 1987–, hallaremos otro poema muy breve en el camposanto de "Santa Lucía", en Cartagena. Su autor, cuyo nombre es Pedro Reverte Flores, firma con el conocido seudónimo de "El obrero poeta", y compuso para su mujer una bien medida y bien rimada quintilla (aunque hay que reconocer que la estrofa plantea muy escasas complicaciones). Sus palabras son las siguientes:

"Aunque voy siendo ya viejo  
nunca dejaré de amarte  
hoy me alejo de tu lado

pero vendré yo a rezarte  
al sitio donde te dejó”

No hace falta ser demasiado perspicaz ni erudito para descubrir que este “obrero poeta” fue un personaje que existió, y que gozó de una cierta notoriedad en la región. El día 24 de mayo de 1975, Pedro Reverte Flores fue entrevistado en el diario “*La verdad*” (página 7), mencionándose ese apodo; e igualmente apareció, en este mismo periódico, con fecha 14 de mayo de 1977, al serle entregada la Medalla del Trabajo. Falleció el 6 de junio de 1991, a la edad de 80 años, y está enterrado junto a su mujer.

En 1989, otro poema descomunamente extenso será ofrecido a una esposa por su marido en el cementerio de Zarzadilla de Totana. Por desgracia, unos jarrones situados en el interior del panteón estorbaban la lectura de muchas de sus estrofas, y tapaban por entero otras. El resto forma una especie de crónica mortuoria, bien poco frecuente, donde se nos indican las circunstancias de la enfermedad, el proceso médico seguido y la consiguiente muerte de la afectada. La estrofa última está en los límites entre lo patético, lo brutal y lo descreído. Respetando la puntuación del poema, y las incongruencias que el mismo contiene –por ejemplo, sostener en la estrofa segunda que cuando la mujer falleció estalló una tormenta, y decir algo más adelante que al producirse esa muerte comenzó a lucir el sol–, transcribo lo que pude llegar a leer:

“El día quince de marzo  
para la Arrixaca te ivas;  
te ingresamos por urgencias  
y ya no saliste viva.

A las siete menos diez,  
al punto que tú expirabas  
se ha formado una tormenta  
que hasta la tierra temblaba.

En un fúnebre te eché  
llorando yo iva detrás,  
porque toda mi alegría  
se iva para la eternidad.

Sin ti, yo no sé vivir  
Dale por Dios gloria eterna  
cuando te acuerdes de mí  
me llevas al lado de ella  
para acabar de sufrir.

(...)

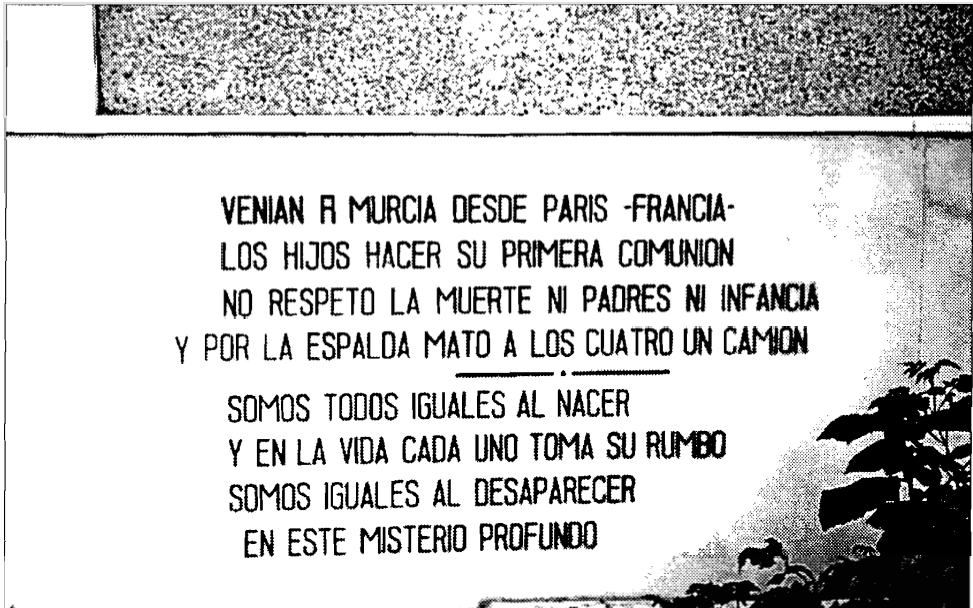
Tu muerte yo la comparo  
con la de Nuestro Señor,

que dejaste de sufrir  
y entonces relumbró el sol.  
Tanto que yo te quería  
quien me lo iba a decir  
que iba a desear tu muerte  
para no verte sufrir.  
Me pregunto si Dios existe  
no digo; ni sí; ni no  
me dejó un recuerdo triste  
y también mucho dolor  
porque si es verdad que existe  
esto no lo cree ni Dios”

Por fin –y para no alargar demasiado este repaso– haremos una última cala en el camposanto de El Esparragal donde, en abril del año 1991, nos aguarda con paciencia infinita un bello poema dedicado a una mujer. El ritmo endecasílabo del texto aparece salpicado por algunos errores, y avanza con lírica sabiduría, aunque su final es (y no podremos negarlo) lo peor del conjunto. Es una lástima que el autor de estos versos no haya sabido rematarlos con la misma gracia y buen hacer que ha demostrado a lo largo del corpus poético. Parece como si la emoción postrera lo acongojase, y le impidiera culminar su texto de forma digna. Su título –pues hasta título le puso– es “*¡Una vez!*”, y sus líneas dicen lo siguiente:

“Una vez nada más, al despedirnos,  
te has marchado, mi amor, sin darme un beso;  
una vez nada más entre mis brazos  
te he visto así: ¡de fría, como el hielo!  
Una vez nada más no ha respondido  
a mi voz amorosa tu delicado acento;  
una vez nada más no has acudido  
a mis gritos de pena y mis lamentos;  
¡y, aunque a mi lado estabas, una vez nada más,  
esposa mía, no me has dado consuelo!...  
¡Una vez nada más! ... una vez sola  
no has pagado mis besos con tus besos...  
Una vez solamente, compañera mía...  
Una vez solamente; ¡Cuando Dios te ha llamado!”

Aunque la selección de textos ha tenido que ser muy escrupulosa —apenas una docena han sido incluidos en este breve trabajo—, muchos elementos de juicio nos son proporcionados a través de sus líneas, muchas han sido las enseñanzas que podemos extraer de estos y otros poemas en los órdenes psicológico, sociológico, religioso y antropológico.



co. Hemos visto aflorar en ellos el amor imborrable, no mancillado por la muerte (tal y como lo deseaba Quevedo); hemos visto también cómo se pedía para el ser amado la gloria eterna; o se rogaba a Dios para que reuniese en seguida a los esposos en el Cielo; o se avanzaba por el territorio de la sentimentalidad y el lirismo. En suma, un amplísimo catálogo de reacciones que, unidas a las que suscitan otras personas (niños, ancianos, amigos, etc), pueblan las lápidas de nuestros cementerios.

Llegados a este punto, y para evitar el enojo de la monotonía, procederé ahora a anotar –como al principio prometí– algunos poemas anecdóticos que nada tienen que ver con el tema matrimonial. Mis cuadernos están llenos de este tipo de composiciones, e igualmente he tenido que someterlas a una rigurosa poda selectiva. Como muestras suficientes, he elegido un poema “arquitectónico” localizado en Cuevas de Reylo; el singular epitafio de un poeta jumillano; un texto redactado en panocho; los versos sorprendentes de un panteón de la capital; y las garabateadas líneas que pueden encontrarse en el osario de Yecla, escritas con carboncillo. Pero vayamos con estos textos.

Que una familia o un particular indiquen la titularidad de un panteón mediante una placa acreditativa es suceso frecuentísimo en nuestros cementerios. Pero que lo hagan mediante un poema es fenómeno que sólo recuerdo haber presenciado en la localidad de Cuevas de Reylo, en una lápida fechada en el año 1928. El molde estrófico elegido fue la décima, aunque sus primores estilísticos, métricos y rítmicos hay que reconocer que son muy escasos. Sin añadir signo ortográfico alguno (el poema carece de los mismos), su texto dice:

"Construir esta mansión  
 JUAN GARCÍA ROS disponía  
 MARÍA GUERRERO GARCÍA  
 aceptó la construcción  
 JUAN VIVANCOS en unión  
 con ESTEBANA GUERRERO  
 los fundadores primeros  
 por su memoria y respeto  
 queda en sus hijos y nietos  
 legítimos herederos"

Los camposantos de la provincia están llenos de poetas, famosos unos, desconocidos e inéditos los más. Pero la paradoja más llamativa reside en que casi ninguno de estos vates decidió ser sepultado bajo los pliegues de unos versos suyos o ajenos. No obstante, hay ocasiones en que esta consigna es vulnerada por amigos o admiradores, como en el caso de un poeta jumillano que reposa, desde octubre de 1888, bajo estas líneas vindicatorias y excelentemente construidas:

"Infundió al malvado espanto  
 con su humorismo profundo,  
 poeta arrancóle al mundo  
 mil vítores con su canto.  
 Muere, y Jumilla con llanto  
 baña su cadáver yerto...  
 ¡Feliz quien arriba al puerto  
 arrancando al mundo esquivo  
 sinceros aplausos, vivo,  
 sentidas lágrimas, muerto!"

Otro poema bien notable me esperaba en el cementerio de la capital, y aunque he buscado con ahínco otros de similar factura a lo largo de toda la región, he de confesar que no he podido hallarlos. Parece como si los familiares de los fallecidos sintiesen especial rubor o vergüenza por cubrirlos con un poema redactado en panocho. Afortunadamente, el autor de los versos que a continuación vienen no pensó de la misma manera; y el resultado, aparte de emotivo y sincero, alcanza buenas alturas poéticas:

#### **“DEDICATORIA A MI ABUELO**

Era el tío Juan "EL MINANO"  
 en la Herrera conoció,  
 como el más recio güertano  
 d'una güertana parío.

Y tenía tal nombradía  
del Gilandario a Aljucer  
que toa la gente le icía  
que nadie había como él  
por su palabra y hombría.

Por eso entabía en la Herrera  
los más viejos del partío  
icen que "EL MINANO" era  
de los güertanos habíos,  
el de más rancia solera  
y por eso el más querido.  
Y abora viene su nieto  
a rendirle este homenaje,  
al güertano más completo  
y de más recio linaje,  
por que fue el tío Juan Minano  
en la Herrera un personaje"

Si algo no esperaba encontrarme en las lápidas de los camposantos era, sin duda, el humor. Parecía impensable que alguien, en su sano juicio, pudiera tomar a chacota o burla asunto tan trascendente como la muerte propia o de algún amigo o familiar cercano. Y, aunque tal persona existiese, lo que no parecía normal era que esmaltase estas opiniones por escrito y en verso lapidario. Me equivoqué. Existe el humor en nuestros cementerios. En pequeñas dosis, bien es verdad, pero lo hay. Como ejemplo, aduciré unos versos simpáticos y sorprendentes que he localizado en el cementerio de la capital, en un panteón perteneciente a la familia García Quesada, que se encuentra literalmente recubierto de lápidas con poemas: en la parte izquierda del edificio, en el frontal y en el interior. Escojo solamente, por motivos de espacio, algunos de estos poemas anómalos:

"El que robe una planta  
de las que echan flores  
a estos jardines indefensos  
le pido a Dios que le mande unos picores  
que se rasque hasta los huesos.

Cuido todo lo que puedo estos jardinillos,  
mi satisfacción es que tengan flores,  
si los que me las quitan se las dan de pillos,  
para esos pido estos picores.

Y si son manos inocentes  
las que me roban plantas y flores

EL QUE LE ROBE UNA PLANTA  
DE LAS QUE ECHAN FLORES  
A ESTOS JARDINES INDEFENSOS  
LE PIDO A DIOS QUE LE MANDE UNOS PICORES  
QUE SE RASQUE HASTA LOS HUESOS

CUIDO TODO LO QUE PUEDO ESTOS  
JARDINILLOS. MI SATISFACCION  
ES QUE TENGAN FLORES. SI LOS QUE  
ME LAS QUITAN SE LAS DAN DE PILLOS.  
PARA ESOS PIDO ESTOS PICORES.

Y SI SON MANOS INOCENTES  
LOS QUE ME ROBAN PLANTAS Y FLORES  
QUE DIOS ME PERDONE Y LAS GENTES  
QUE PARA ESOS NO PIDO PICORES



que Dios me perdone y las gentes  
que para esos no pido picores.

(...)

Nací en Caniles entre jamones reales  
día de inocentes vine al mundo  
me llamo José García Perales  
y me río de este misterio profundo.”

Y como contraste, y para terminar, un texto realmente patético, que puede leerse –espero que todavía pueda leerse– en Yecla. Acostumbrado a un turbión de lápidas que llevaban los poemas grabados en la piedra, o escritos en placas metálicas atornilladas al mármol, comprobé con sorpresa y con estupor que existía una nueva modalidad que hasta ese momento no me había sido deparado conocer. Esta variante era mucho más pobre que las anteriores, pero no menos conmovedora. En uno de los muros blancos que conducían al osario de este cementerio, anónimas manos habían trazado, con carboncillo y terribles faltas de ortografía, algunos poemas con los que pretendían honrar a sus muertos. Imposibilitados para pagarse la costosa grabación del texto, no tuvieron otra solución que dejarlo escrito, con pulso tembloroso, en el yeso de la pared. El más largo de los que pude ver decía así:

“Quiero una visita acer  
para rrezar a mis muertos  
aquí los traigo en el alma  
en el corazón los tengo  
bengo a rendirles tributo  
por lo mucho que les debo.  
Y en medio de la tristeza  
de la paz y del silencio,  
llevarlos quiero en mi mente  
para vivir sus recuerdos”

Siguiendo el consejo de Ramón Gómez de la Serna (“*Hay muchas faltas de ortografía en los cementerios; pero ninguna debe ser corregida, por terrible que parezca*”)<sup>7</sup>, no he tocado ni uno solo de los errores que acongojan y lastiman el texto. Tal vez en su misma incultura, en su torpe desaliño y en sus imperfectas maneras se encuentre un poso de humanidad y de calor que merece, por ello mismo, ser respetado.

Con todos los textos he procedido de la misma manera, y si su análisis y su exposición han servido hoy para acercarnos algo más al conocimiento profundo de estas gentes y de estas tierras que nos rodean, el esfuerzo habrá, sin duda, merecido la pena.

---

7 GÓMEZ DE LA SERNA, Ramón: *Los muertos, las muertas y otras fantasmagorías*, edición citada.